

Voces de médicos y pacientes

El perfecto asesino

Florencio de la Concha-Bermejillo*

*This is the end
My only friend, the end
It hurts to set you free*

*But you'll never follow me
The end of laughter and soft lies
The end of nights we tried to die
This is the end*

Jim Morrison

Uno de los aspectos más fascinantes de los patógenos que acechan a los seres humanos es que en ocasiones ya traen, por adelantado, la defensa de la defensa, esto es, su propio gladiador diseñado contra el antídoto que se espera desarrolle el sujeto atacado; algo así como un sistema antiantiterrorismo. Seguramente la mayoría de los lectores, en particular los médicos, ya están adelantándose y pensando, como ejemplos representativos, en las enfermedades infecciosas, cuyos gérmenes han podido, en el transcurso del tiempo y la experiencia con sus “contactos de tercer tipo” (enfermedades infecciosas) desarrollar una endiablada serie de estrategias beligerantes para, de esa manera, salir indemnes de los mecanismos defensivos, extrínsecos e intrínsecos, de sus huéspedes. Cuando uno estudia estos mecanismos generados por los gérmenes es difícil resistirse a interpretar tanta fineza

dentro del castigo como un fenómeno aleatorio. Y aunque seguramente es imposible concebir una conciencia en los “bestioles” y virus y, peor aún, algún propósito de maldad, lo que provocan con su elegante complejidad es, ya no digamos aterrador, sino un fenómeno que nos hace dudar de la amoralidad de la materia y sus interacciones.

Sin embargo, probablemente haya otras enfermedades, no atribuibles a parásitos del exterior, que pudieran haber diseñado mecanismos más terribles para sellar su permanencia y su victoria. Después de todo, hay más que gérmenes, sapos y culebras en el infierno de los padecimientos y así, el número de mecanismos reverberantes o de retroalimentaciones positivas, conducen a que muchos otros fenómenos nosológicos se vuelvan círculos viciosos, semejantes, en su vertiginoso arrastre del sujeto hacia las profundidades y la muerte, al *maelstrom* que narra Edgar Allan Poe en su famosa ficción. Una ventaja de las enfermedades no infecciosas para desbaratar a un humano es lo que yo denomino el “principio kamikaze”. Me explico a continuación: para la los lectores no médicos vale la pena señalar que la relación entre un germen parásito y su huésped (el humano o animal donde se instala) es de tipo dialéctico (estocástico) y se parece mucho al equilibrio matemático entre presa y predador. Así, por ejemplo, si los leones fueran más eficientes de lo que son, matarían más cebras y demás presas, y habría más comida y más leones

* Hospital General “Manuel Gea González”, Ciudad de México.

Recibido: julio, 2010. Aceptado: septiembre, 2010.

Este artículo debe citarse como: De la Concha-Bermejillo F. El perfecto asesino. Rev Hematol Mex 2010;11(4):215-216.

cachorros llegarían a la edad adulta, se reproducirían y seguirían matando más cebras hasta acabárselas y luego, los leones todos, se morirían de hambre. Si las cebras fueran demasiado veloces nunca las alcanzarían los leones y los leones no comerían y se extinguirían. Lo curioso del caso es que la sobrepoblación resultante de cebras tampoco llevaría a algo bueno; probablemente el hábitat se llenaría de individuos enfermos y defectuosos (lo mismo que hacemos los hombres). Entonces, la relación entre la efectividad de los leones para matar cebras y la efectividad de las cebras para no morir se mantiene en rangos muy, pero muy estrechos y, por supuesto, con un sinnúmero de variables agregadas que no puse en el ejemplo.

De igual manera, si un microbio fuera supersupercontagioso y supersuperefectivo en matar al humano contagiado, se extinguiría él también poco después de extinguir a los humanos. En este mundo cruel e infame de los humanos, probablemente de las pocas garantías que tendremos de las enfermedades infecciosas es aquello que, curiosamente, también ocurre con las torturas inventadas por nosotros mismos, donde la finalidad es hacer sufrir pero no aniquilar al sujeto (en este caso, la especie). Pero las enfermedades no infecciosas, como entidades, ocurren independientemente de principios de géneros y especies, y están siempre destinadas, no sólo a acabar progresivamente con el individuo sino a transmitir el mensaje a las siguientes generaciones. Pero las enfermedades no infecciosas, en este sentido, al igual que los kamikazes, no necesitan protegerse dejando más comida para mañana (como los bichos) y les es totalmente posible acabar, al unísono, con su víctima. De hecho, es lo que hacen. Si como dijo Claude Bernard, *no hay enfermedades sino enfermos* (y es cierto) al morir un enfermo, se acabó para siempre esa peculiar y particularísima enfermedad.

Pero lo peor de lo peorcito de los humanos padecimientos son sin duda (y sin remedio) una serie de trastornos mentales que, independientemente de cómo se hayan iniciado, se vuelven enemigos imbatibles gracias a la misma mente humana que, en su exasperante inocencia y en su enternecedor espanto, mal razona para defenderse, conduciendo al sujeto cada vez más al umbral donde se acaban los remedios. La enfermedad mental no es solo ella sino algo más; es un disparo no en la oscuridad sino entre el polvo de estrellas (neuronas) que irremediamente se volverán cómplices de cualquier crimen y culpabilidad. La

mente humana no nació para defenderse y sus mecanismos de adaptación (vg. alcohol, drogas, “workholismo”, violencia, codicia, arte, crueldad, etcétera), sus supuestas defensas, no dejan de ser otra cosa que el enemigo interior haciendo un pacto “descaballeresco” con el primer defecto o error original. Y todo esto va a destrozar la integridad del afectado dando el resultado paradójico de que casi siempre, el sistema de supuesto control, aniquila antes que el descontrol original.

Alguna vez leí una explicación metafórica de cómo el virus causante del SIDA, que no es citolítico (denominado VIH), provocaba que las células de nuestras defensas (linfocitos) se fueran acabando progresivamente, dejando al sujeto como pasto de todos los gérmenes que se nos puedan o no ocurrir. De acuerdo con esta explicación que, aunque metafórica, no debe ser totalmente falsa, la integración del virus al genoma de la célula no provoca directamente la muerte de la célula defensora: era esta unidad, militarizada e invadida (pero aún sin daño que reportar) la que se “apanicaba” y se suicidaba (apoptosis). Independientemente de que en el tema del SIDA lo único cierto es lo que mañana se publique (y corrija lo que hoy leemos), independientemente de eso, el ejemplo didáctico sirve para comprender un poco el origen de la verdadera peligrosidad de las enfermedades mentales.

La depresión es la reina y madre de todos los achaques y maledicencias pues, en ese estado miserable de desequilibrio (de acuerdo con el Alfil), el antiantídoto es parte inherente de la enfermedad. La depresión es, en términos existencialistas, una culminación, un final de batalla donde el lema y elegía rezan de la siguiente manera: *No hay remedio, no hay esperanza. Ya todo se terminó*. Y como decía mi maestro, si esta enfermedad se autodefine como “eso sin remedio”, pues entonces no hay remedio, a menos que nos salvara una indefinición del malestar. Y en este principio del más perfecto de los silogismos (mitad tautología) no hay “mente sana” que lo contradiga con un argumento terapéutico, y el mejor remedio para ese mal de males viene a ser una muerte lo más apresurada posible. Y sólo a una enfermedad de la mente tan perfecta, que le dice y convence a la propia mente que se rinda, que la convence que todo se acabó, de que no hay remedio, sólo a ella le podemos llamar: *el perfecto asesino*. Después de todo, su órgano blanco es la voluntad.